



EL AFECTO POR LOS ANIMALES EN LA  
CONSTRUCCIÓN DE LA ARGENTINIDAD  
**HACIA LA REDEFINIÓN  
DE UNA PROFESIÓN LIGADA  
AL SER NACIONAL**

ADN DE LOS ARGENTINOS



UBA  
ENCUCIJADAS

43

Por  
Carlos Jorge Blanco

Médico Veterinario y Doctor de la UBA.  
Docente en las Cátedras de Anatomía  
y Estadística de la Facultad de Ciencias  
Veterinarias y del Taller de Sociología  
Rural y Urbana y Prácticas Solidarias.  
Ha participado con los estudiantes  
en emprendimientos destinados a la  
promoción del rol social del veterinario  
y del graduado universitario en general.

La profesión veterinaria ya no puede cubrir las actuales demandas sólo con su formación científica y tecnológica: la visión completa de “lo social” y “lo humano” se vuelven fundamentales. El accionar desde una perspectiva social, ecológica e inclusiva es básico para lograr resultados clínica y tecnológicamente satisfactorios que, a su vez, garanticen un efecto significativo sobre el desarrollo social de los destinatarios.

El ser argentino es ahora mucho más completo: ha mostrado su fuerte relación con los animales, relación que es afectiva, tradicional y comercial. En este nuevo contexto, el veterinario ya no es sólo un médico de animales sino que es médico de una gran parte de los argentinos.

“Gauchos que andan a caballo y comen asado”. Desde el estereotipo barato, inspirado en la imagen del estanciero y del gaucho, productos sociales del modelo agroexportador de principios de siglo XX hasta el actual desarrollo de una de las megápolis del planeta con mayor número de mascotas por habitante, los argentinos estuvimos atados a los animales domésticos.

Fue ese modelo agroexportador de 1900, nacido a fuerza de vacas, el que impulsó el crecimiento económico del país, comenzando así la historia de la producción de carne que formaría parte del proceso de identificación de los argentinos. Y, en este proceso, no faltaron los veterinarios de grandes animales y así la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la UBA, fundada en 1909, se dedicó en sus comienzos a crear el insumo académico y profesional que el campo necesitaba.

Pero el porteño, habitante urbano por antonomasia, no fue separado de este proceso, y vio cómo las grandes estancias del interior de la provincia se reunían a exponer sus productos pecuarios en el corazón de la urbe.

La Exposición Rural desarrollada en el predio de Palermo (fundado en 1878) fue el centro de reunión en Buenos Aires de la elite terrateniente. Así, el tema de la producción ganadera, de la Argentina como productor de carnes, se instaló definitivamente en el imaginario urbano y en el estereotipo del argentino.

EL FUERTE AFECTO QUE EL ARGENTINO TIENE POR SUS ANIMALES DOMÉSTICOS HIZO QUE EN BUENOS AIRES Y LAS OTRAS GRANDES CIUDADES SUMARAN LAS MASCOTAS A SU CÍRCULO FAMILIAR.

Somos un país con animales. Tenemos animales en la historia, animales en la producción, animales en el deporte. Nuestro deporte nacional se juega de “a caballo” y en la escuela nos contaron que la Historia se hizo “a caballo”. Y fue ese mismo caballo, herramienta indispensable del gaucho y del tehuelche, el que atravesó el Riachuelo y con espíritu proletario formó parte de los sistemas de transporte de la ciudad, como fuerza de tiro en las compañías de tranvía, carros lecheros, de recolección de residuos o en coches de paseo. Y luego con figura de rey se adueñó de Palermo y, desde el turf, reinó por igual en la alta sociedad y en el arrabal porteño, inmortalizándose en el tango. Y expresiones como “por una cabeza”, “Leguisamo solo”, “con la fusta abajo del brazo”, quedaron incorporadas en el lenguaje de los habitantes urbanos.

Pero, aunque los animales parecían no reconocer las fronteras, la urbe crecía de espaldas a la Provincia, y las provincias centrales se desarrollaban sin saber del interior profundo, donde pueblos originarios y colonos olvidados prosperaban sobreviviendo a fuerza de mínimas producciones regionales. Y, tanto nos marcó esta “hilara” de ignorancias, que el porteño se volvió arquetipo del argentino, y el gaucho bonaerense la imagen del “habitante” del interior.

Los veterinarios argentinos nos identificamos tan profundamente con el ser nacional que, al igual que la argentinidad, nacemos divididos por la vieja dicotomía: Buenos Aires o el Interior, Veterinaria de Grandes o de Pequeños Animales. Esta división aparecida con los orígenes de la carrera ha asociado al veterinario de pequeños animales (especializado en la atención de caninos y felinos) con las grandes ciudades, casi exclusivamente con Buenos Aires, mientras que el veterinario de “grandes” (enfocado en la atención de bovinos, equinos, y animales de granja) siempre estuvo ligado a la producción ganadera, al campo, al Interior. Heredamos también la visión distorsionada del género del porteño de 1930, para la cual la única mujer buena es la madre y, del mismo modo, Veterinaria es una carrera de hombres. Y vaya si era una carrera de hombres. La carrera se inició en 1909 hubo que esperar



hasta 1936 para que una mujer se recibiese.

Y vaya si era un país de hombres, mientras que la Constitución se sancionó en 1853 hubo que esperar hasta 1947 para que una mujer votase.

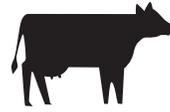
Pero esta figura del “gaucho jinete y macho comedor de asados” estaba destinada a desaparecer, tanto del ser argentino como de la profesión veterinaria.

Con el tiempo el ser nacional se ha redefinido, Buenos Aires ha abandonado la idea de ser “París en el Plata”, y ha dejado de mirar el océano para volverse a mirar la pampa y los glaciares.

De la mano del desarrollo industrial y con las migraciones de trabajadores desde el campo hacia los centros urbanos, hacia las fábricas, la ciudad y el interior se conocieron. El ser nacional reconoció y unió sus mitades.

El argentino reconoció además de sus orígenes europeos y su tradición criolla, sus raíces americanas. Las mujeres no se conformaron con votar y estudiar, se levantaron y marcharon en defensa de sus hijos cuando hizo falta y, así, el ser nacional fue masculino y femenino. El porteño macho y criollo de los tangos había muerto. El argentino ahora era varón y mujer, era criollo, español y judío. Era mapuche y toba.

Ya no quería ser el “granero del mundo” sino que quería ser el proveedor de alimento de sus hijos, alimento



cultivado y criado con las modalidades y de acuerdo a las necesidades locales.

Al mismo tiempo, el fuerte afecto que el argentino tiene por sus animales domésticos hizo que en Buenos Aires y las otras grandes ciudades sumaran las mascotas a su círculo familiar. Buenos Aires se constituyó, así, en una de las ciudades del mundo con mayor número de mascotas por habitante a razón de un perro o un gato cada cuatro habitantes. Casi una mascota por familia. Y, entonces, los animales que ya estaban en nuestra economía, en nuestra historia y en nuestros deportes, entraron en nuestras casas como animales de compañía.

#### YA NO PODEMOS HABLAR DE UNA SALUD HUMANA Y DE UNA SALUD ANIMAL, Y MUCHO MENOS DE UNA SALUD INDIVIDUAL Y UNA SALUD PÚBLICA.

Estos cambios se reflejaron en la profesión. Las mujeres igualaron a los varones en el número de matriculadas y egresadas. Los veterinarios de grandes ciudades y sus alrededores poblados de caballos (de carrera, deportivos, de compañía) que había que atender. Los animales criados para la alimentación humana tienen origen no sólo en la estancia empresarial productora de carne vista como divisa y fuente de ingreso, sino también en las pequeñas chacras familiares donde las cabras, ovejas y cerdos son criados por hombres y mujeres para los cuales estos animales no representan un ingreso económico sino la diferencia entre el hambre y la supervivencia. El

veterinario debió aprender a moverse en este mundo que se globaliza por un lado, pero que por otro, recupera saberes, sentires y costumbres locales y ancestrales.

Ya no podemos hablar de una salud humana y de una salud animal, y mucho menos de una salud individual y una salud pública. El concepto es el de “salud”, una salud única para todos, hombres y animales, porque si el animal se enferma el hombre estará enfermo, y si el animal se muere el hombre estará solo o tendrá hambre. El hambre ya no es problema de los hambrientos sino que es realidad y amenaza para un mundo que crece, por lo cual la seguridad y la soberanía alimentarias se hacen presentes en la vida de todos.

La profesión veterinaria ya no puede cubrir estas demandas sólo con su formación científica y tecnológica; la visión completa de “lo social” y “lo humano” se vuelven fundamentales. El accionar desde una perspectiva social, ecológica e inclusiva es básico para lograr resultados clínicos y tecnológicamente satisfactorios que, a su vez, garanticen un efecto significativo sobre el desarrollo social de los destinatarios.

El ser argentino es ahora mucho más completo, ha reunido sus partes geográficas y culturales, ha encontrado sus mitades masculina y femenina y, por qué no, ha mostrado su fuerte relación con los animales, relación que es afectiva, tradicional y comercial.

En este nuevo contexto, el veterinario ya no es sólo un médico de animales sino que es médico de una gran parte de los argentinos.